Dice aún Jesús:

«Es necesario que el grano muera para que se convierta en ali­mento de vida. Cuando ya no sean de esta tierra entonces vendrán a saciarse del pan de la Palabra que Yo te he dado para los hermanos.

El hombre es un ser tal que sólo se rinde ante el holocausto. Yo he cosechado tras la muerte. Tú no eres más que tu Jesús. No temas. Lo que ahora parece caer sobre piedra impenetrable, germi­nará cuando te hayas convertido en espiga en mi Reino. Pero antes viene el trabajo de la vida y la oscuridad de la muerte.

Toda misión, para acabar con éxito, requiere lágrimas, sufri­mientos, humillaciones, sacrificio. Deja que se burlen de ti. Dado que quienes más lo necesitan no quieren ni ver ni oír, acumularé ti­nieblas y silencio sobre ellos. Ni siquiera podrán lamentarse conmi­go, porque ellos, ellos solos, han querido esto con su persistencia en la desidia del espíritu, en la soberbia del espíritu, en la negación del poder del Espíritu Santo.

¿Qué he dicho sobre quien peca contra el Espíritu Santo? ¿Y no saben que en Cristo está el Padre y el Espíritu? ¿Y no recuerdan que dije que el Consolador vendría a traer la Luz? Pero el Consola­dor, el Espíritu de Vida, es Uno con la Palabra del Padre y con el Padre. Negándome a Mí y a la Palabra que soy, se niega al Padre que permite a la Palabra verterse aún, se niega al Espíritu que mueve la Palabra.

No nos reneguéis. Pero ¡ay de vosotros si negáis al Espíritu que desciende con sus luces para convertir a una criatura en luz y purificar con su Fuego una carne para que pueda transmitiros las pala­bras de la Sabiduría! Si el instrumento es vil, Nosotros, que lo habi­tamos, logramos que se haga digno de ser aceptado, a él y a cuanto os dice que debe daros en nuestro nombre. No os toca juzgar. Yo es­cojo a los pobres y a los niños para convertidos en los dignatarios de Cristo Rey.

"Ésos" ya están juzgados, María, por su obstinación impregnada de humanidad, sólo de humanidad. Deja que los "muertos" se sepul­ten a sí mismos. Tú permanece en la vida y actúa. Cuando estés completamente en Ella, vendrá la glorificación y el amor sin más obstáculos» .

Dice Jesús:

«Hoy quiero hablarte de la "gracia". Verás que tiene relación con los otros temas aunque a primera vista no te parece. Estás un poco cansada, pobre María, pero escribe de todas formas. Estas lecciones te servirán para los días de ayuno en los cuales Yo, tu Maestro, no te hablaré.

¿Qué es la gracia? Lo has estudiado y explicado muchas. veces. Pero Yo te lo quiero explicar a mi modo en su naturaleza y en sus efectos.

La gracia es poseer en vosotros la luz, la fuerza, la sabiduría de Dios. Esto es poseer la semejanza intelectual con Dios, el signo in­confundible de vuestra filiación con Dios.

Sin la gracia seríais simplemente criaturas animales, llegadas a tal punto de evolución de estar proveídas de razón, con un alma, pero un alma a nivel de tierra, capaz de guiarse en las contingen­cias de la vida terrena pero incapaz de elevarse a las regiones en las que se vive la vida del espíritu; por ello poco más que las bestias que se regulan solamente por el instinto y, en verdad, a menudo os superan con su modo de comportarse.

La gracia es por lo tanto un don sublime, el mayor don que Dios, mi Padre, os podía dar. Y os lo da gratuitamente porque su amor de Padre, por vosotros, es infinito como infinito es Él mismo.

Querer decir todos los atributos de la gracia significaría escribir una larga lista de adjetivos y sustantivos, y aún no explicarían todavía perfec­tamente qué es este don.

Recuerda solamente esto: la gracia es poseer al Padre, vivir en el Padre; la gracia es poseer al Hijo, gozar de los méritos infinitos del Hijo; la gracia es poseer al Espíritu Santo, disfrutar de sus siete dones. La gracia, en fin, es poseernos a Nosotros, Dios Uno y Trino, y tener alrededor de vuestra persona mortal las legiones de ángeles que nos adoran en vosotros.

Un alma que pierde la gracia lo pierde todo. Inútilmente para ella el Padre la ha creado, inútilmente para ella el Hijo la ha redi­mido, inútilmente para ella el Espíritu Santo le ha infundido sus dones, inútilmente para ella están los Sacramentos. Está muerta.

Ramo podrido que bajo la acción corrosiva del pecado se separa y cae del árbol vital y termina de corromperse en el barro. Si un alma supiera conservarse

como es después del Bautismo y después de la Confirmación, esto es cuando ella está embebida literalmente de la gracia, aquel alma sería poco menor a Dios. Y .que esto te lo diga todo.

Cuando leéis los prodigios de mis santos os sorprendéis. Pero, querida mía, no hay nada de asombroso. Mis santos eran criaturas que poseían la gracia, eran dioses, por esto, porque la gracia os deifica. ¿Acaso no lo he dicho Yo en mi Evangelio que los míos harán los mismos prodigios que Yo hago? Pero para ser míos es necesario. vivir de mi Vida, esto es de la vida de la gracia.

Si quisierais, todos podríais ser capaces de prodigios, esto es de santidad. Mejor dicho, Yo quisiera que lo fuerais porque entonces querría decir que mi Sacrificio ha sido coronado por la victoria y que realmente Yo os he arrancado del imperio del Maligno, desterrándo­le a su Infierno, remachando su boca con una piedra inamovible y poniendo sobre ella el trono de mi Madre, que fue la Única que tuvo su calcañal sobre el dragón, impotente para dañarle.

No todas las almas en gracia poseen la gracia en la misma medi­da. No porque Nosotros se la infundamos en medida distinta, sino porque de distinta manera la sabéis conservar en vosotros. El peca­do mortal destruye la gracia, el pecado venial la resquebraja, las imperfecciones la debilitan. Hay almas, no del todo malas, que lan­guidecen en una tisis espiritual porque, con su inercia, que las em­puja a cometer continuas imperfecciones, enflaquecen cada vez más la gracia, haciéndola un hilo debilísimo, una llamita languidecente. Mientras debería ser un fuego, un incendio vivo, bello, purificador. El mundo se derrumba porque se derrumba la gracia en casi la to­talidad de las almas y en las demás languidece.

La gracia da frutos distintos según esté más o menos viva en vuestro corazón. Una tierra es más fértil cuanto más rica es de ele­mentos y beneficiada por el sol, por el agua, por las corrientes aé­reas. Hay tierras estériles, secas, que inútilmente vienen regadas por el agua, calentadas por el sol, agitadas por los vientos. Lo mismo es en las almas. Hay almas que con cada estudio se cargan de elementos vitales y por ello logran disfrutar el cien por cien de los efectos de la gracia.

Los elementos vitales son: vivir según mi Ley, castos, misericor­diosos, humildes, amorosos de Dios y del prójimo; es vivir de oración "viva". Entonces la gracia crece, florece, echa raíces profundas y se eleva en árbol de vida eterna. Entonces el Espíritu Santo, como un sol, inunda con sus siete rayos, de sus siete dones; entonces Yo, Hijo, os penetro con la lluvia divina de mi Sangre; entonces el Padre os mira con complacencia viendo en vosotros su semejanza; entonces María os acaricia estrechándoos contra su seno en el que me ha llevado a Mí como a sus hijitos menores pero queridos, queridos por su Corazón; entonces los nueve coros angélicos hacen corona a vues­tra alma templo de Dios y cantan el "Gloria" sublime; entonces vuestra muerte es Vida y vuestra Vida es bienaventuranza en mi Reino» .

Dice Jesús:

«Continúo hablándote de la gracia [[1]](#footnote-1), la cual da la vida al espíri­tu.

Cuando Dios creó el primer hombre, infundió en él, además de la vida de la materia, hasta entonces inanimada, también la vida del espíritu. De otro modo no habría podido decir que os había hecho a su imagen y semejanza.

Cuánto era perfecta la primera criatura ninguno de vosotros lo puede imaginar. Sólo Nosotros podemos ver, en el eterno presente que es nuestra eternidad, la perfección de la obra regia de nuestra Inteligencia creadora. La estirpe de Adán, si Adán hubiera sabido permanecer rey como Nosotros le habíamos hecho, con potestad sobre todas las cosas y con dependencia sólo de Dios -una depen­dencia de hijo amadísimo- habría sido una estirpe de perpetua perfección. Pero había un vencido que velaba para obtener venganza.

Tú, María, que dices que de tu corazón no podrían salir espontá­neamente pensamientos de perdón porque tu naturaleza humana te lleva al espíritu de venganza y sólo por deferencia a Mí sabes perdo­nar, ¿has pensado alguna vez que ha sido el espíritu de venganza el que os ha destruido, hijos de Adán, y me ha enviado a Mí, Hijo de Dios, a la cruz?

Lucifer -y era el hermoso entre los más hermosos creados por Mí- desde el abismo en el que había caído, feo para siempre tras la blasfemia dirigida a su Creador, estuvo sediento de venganza. Al primer pecado de soberbia unió así una serie interminable de deli­tos vengándose por los siglos de los siglos. Y la primera venganza fue sobre mis creados Adán y Eva. En la perfección de mi creación su diente envenenado puso el signo de su bestialidad comunicándoos su misma libídine de lujuria, de venganza, de soberbia. Y desde entonces vuestro espíritu combate en vosotros contra los venenos del bocado infernal.

Alguna rarísima vez el espíritu vence sobre la carne y la sangre y da a la tierra y al Cielo un nuevo santo. Alguna vez el espíritu vive a duras penas, con estancamientos de letargo en el que está como si estuviera muerto y en los cuales vivís y actuáis como criaturas pri­vadas de luz, de mi Luz. Alguna otra, viene literalmente matado por la criatura que voluntariamente decae de su trono de hija de Dios y se hace peor que un animal. Llega a ser demonio, hijo de demonio.

En verdad te digo que más de dos tercios de la raza humana per­tenecen a esta categoría que vive bajo el signo de la Bestia. Por ésta Yo he muerto inútilmente.

La ley de los señalados por la Bestia está en antítesis con mi Ley. En una domina la carne y genera obras de carne. En la otra domina el espíritu y genera obras de espíritu. Cuando el espíritu domina, allí está el reino de Dios. Cuando domina la carne, allí está el reino de Satanás.

La infinita Misericordia que anima la Triada ha dado a vuestro espíritu todas las ayudas para quedar dominador. Ha dado el sacra­mento que quita el signo de la Bestia en vuestra carne de hijos de Adán e imprime mi Signo. Ha dado mi Palabra de Vida, ha dado a Mí, Maestro y Redentor, ha dado mi Sangre en la Eucaristía y sobre la Cruz, ha dado el Paráclito: el Espíritu de verdad.

Aquel que sabe estar en el Espíritu genera obras del espíritu. De la criatura poseída por el Espíritu mana caridad, mansedumbre, pureza, ciencia y toda obra buena unida a gran humildad. De los demás salen como serpientes silbantes, vicios, fraudes, lujurias, de­litos, porque su corazón es nido de serpientes infernales.

Pero, ¿dónde están los que saben aspirar a la vida del espíritu y hacerse dignos de acoger en sí la infusión vital del Consolador que viene con todos sus dones pero quiere por trono un espíritu prepara­do, deseoso de Él? No, el mundo no quiere este Espíritu que os hace buenos. Elmundo quiere el poder a cualquier precio, la riqueza a cualquier precio, la satisfacción del sentido a cualquier precio, todas las alegrías de la tierra a cualquier precio, y rechaza y blasfema contra el Espíritu Santo, impugna su Verdad, y se enfanga con apa­riencias proféticas hablando palabras que no salen del seno de la Trinidad Santísima, sino del antro de Satanás.

Y esto no es y no será perdonado. Nunca. Y que no sea perdona­do lo veis. Dios se retira en sus Cielos porque el hombre rechaza su amor y vive para y en la carne. He aquí las causas de vuestra des­trucción y de nuestro silencio. De lo profundo salen los tentáculos de Satanás, sobre la tierra el hombre se proclama dios y blasfema contra el verdadero Dios, en lo alto el Cielo se cierra. Y es ya pie­dad, porque cerrándose detiene los rayos que vosotros merecéis.

Una nueva Pentecostés encontraría los corazones más duros y sucios que una roca sumergida en un estanque de barro. Estáis por ello en el fango que habéis querido, en espera de que una orden, que no conoce rebeliones, os saque para juzgaros y separar a los hijos del espíritu de los hijos de la carne».

1. Ya en el dictado del 6 de junio [↑](#footnote-ref-1)